

El contenido de esta obra es una contribución del autor al repositorio digital de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, por tanto el autor tiene exclusiva responsabilidad sobre el mismo y no necesariamente refleja los puntos de vista de la UASB.

Este trabajo se almacena bajo una licencia de distribución no exclusiva otorgada por el autor al repositorio, y con licencia Creative Commons – Reconocimiento de créditos-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 Ecuador



---

## **Los estudios de género en América Latina y El Caribe Panorama crítico**

**Jaime Breilh**

**2001**

Ponencia presentada en: V Encuentro de Universidades de América Latina y El Caribe de Estudios y Programas de Género, Universidad Central del Ecuador, Quito, octubre 17-19 de 2001.

## **LOS ESTUDIOS DE GENERO EN AMERICA LATINA Y EL CARIBE: PANORAMA CRITICO<sup>1</sup>**

**Jaime Breilh<sup>2</sup>**

El choque de dos fundamentalismos que se hizo visible el 11 de Septiembre y que constituye la declaración abierta de guerra entre dos irracionalidades -la que brota de la voracidad del mercado y la que nace de la desesperación de pueblos acorralados-, despertó definitivamente a la humanidad del “sueño americano” o del “suelo europeo”. Conmoción que seguramente provocará también efectos en la visión de los problemas de género.

El terrorismo imperial y el terrorismo reactivo pusieron en evidencia una nueva faceta de la globalización como expansión del terror. La guerra con su capacidad tenebrosa de borrar las fronteras entre civilización y barbarie, hizo visible en pocas horas lo que décadas de análisis y miles de artículos y publicaciones, que presagiaban el desenlace violento de tanta concentración de poder y exclusión, no lograron hacerlo.

Y es precisamente en este Mundo que nos toca pensar sobre el género y la educación superior; y aunque habría muchas interrogantes a establecer, la más urgente y definitoria para el quehacer universitario pareciera ser la de analizar el papel de las acciones de género frente a tanta acumulación de poder y la deshumanización radical de las relaciones sociales. Un breve perfil de los avances logrados sería el punto de partida, antes de analizar los logros alcanzados.

### **VERTIENTES DE LOS ESTUDIOS LATINOAMERICANOS DE GENERO (Años 80s y 90s)**

Al referirnos a los estudios latinoamericanos de género estamos circunscribiendo el análisis al pensamiento y la acción de la intelectualidad, es decir al saber académico. Una delimitación aceptable, siempre que no se confunda dicho quehacer con el de las mujeres en general, puesto que hay una vasta producción femenina “informal” o inscrita en los sistemas de transmisión cultural no “Occidentales”, cuya sistematización y conocimiento están aun lejos de lograrse.

Aprovechando la base de información compilada en la “Antología Latinoamericana y del Caribe sobre Mujer y Género”<sup>3</sup> es factible destacar algunas tendencias o características de los estudios correspondientes.

---

<sup>1</sup> Conferencia presentada en el V Encuentro de Universidades de América Latina y el Caribe de Estudios y Programas de Género (Universidad Central del Ecuador, 17-19 Octubre, 2001)

<sup>2</sup> Médico; Presidente del CINDES; Director Científico del CEAS; jbreilh@ceas.med.ec

<sup>3</sup> Siu, Ivonne; Diercksens, Wim; Guzmán, Laura –Compiladores-(1999). Antología Latinoamericana y del Caribe: Mujer y Género. Managua: UCA.

Las publicaciones de género y sobretodo los planteamientos teórico políticos propios del movimiento feminista latinoamericano, que ya se habían insinuado desde los años 70, recién alcanzaron visibilidad académica a partir de los años 80. Desde entonces, han proyectado una intensa vitalidad en sus propuestas políticas y una producción intelectual teóricamente innovadora en varias disciplinas científicas. En efecto, el movimiento de género ha logrado no sólo cuestionar las formas tradicionales de hacer política y de impugnar el poder, sino que ha empujado una profunda innovación epistemológica en el terreno de los paradigmas de la ciencia, ya que "...se han constituido en una instancia de vigilancia epistemológica de los discursos científicos acerca del ser humano y la realidad social."<sup>4</sup>

Los estudios académicos de género en América Latina abarcan una gama de objetos y campos disciplinares, denotando una riqueza de la producción intelectual. Evidencian además una diversidad de corrientes, la mayoría de ellas contestatarias, y una menor proporción verdaderamente críticas o contrahegemónicas; estas últimas generalmente en trabajos generados desde las universidades.

El análisis de la antología antes referida, y que se ocupa de estudios realizados durante las dos últimas décadas, descubre que "...en su marco teórico, metodológico e instrumental convergen una multiplicidad de disciplinas, diversos grados de desarrollo en la investigación teórica y de campo e influencias de diversas ideologías."<sup>5</sup> Y aunque no disponemos de indicadores de una semántica cuantitativa que lo corrobore, podría establecerse como hipótesis, sin embargo, de que se ha producido, sobretodo hacia años más recientes y conforme ha crecido el volumen de estudios generados desde los sectores burocráticos, un viraje o "drift" ideológico hacia posiciones más tecnocráticas, especialmente aquellas que emanan de los programas de la llamada modernización del Estado.

Publicaciones recientes señalan que la "...producción intelectual de las feministas de América Latina y el Caribe ha estado influida por las corrientes de pensamiento de los países desarrollados, lo que no significa que haya un pensamiento homogéneo, ya que la ideología feminista está en permanente proceso de construcción..."<sup>6</sup>, y no hay una teoría verdadera sobre el género, ni tampoco una sola perspectiva teórica.<sup>7</sup> Como se ha dicho, la temática de mujer primero y de género más tarde está presente en nuestro continente desde los 70s, condicionada por una práctica y un conocimiento provenientes del mundo desarrollado, "moderno".<sup>8</sup> Estando de acuerdo con estas apreciaciones de

---

<sup>4</sup> Siu, Ivonne (1999). Introducción en "Antología Latinoamericana y del Caribe: Mujer y Género" –Varios compiladores). Managua: UCA, p.1-11.

<sup>5</sup> Lamas, Martha (1996). El Género: La Construcción Cultural de la Diferencia Sexual. México: Programa Universitario de Estudios de Género.

<sup>6</sup> Siu, Ivonne. Op.cit p. 2

<sup>7</sup> Bonder, Gloria (1984). Los Estudios de la Mujer y la Crítica Epistemológica a los Paradigmas de las Ciencias Humanas. Buenos Aires: Argentina.

<sup>8</sup> Montecinos, Sonia (1999). Proposición de Paradigmas para la Comprensión del Género en América Latina en "Antología Latinoamericana y del Caribe: Mujer y Género" –Varios compiladores). Managua: UCA, p.171-174

estudiosas del pensamiento femenino, cabe solamente resaltarse el hecho de que esta característica del llamado “eurocentrismo”, y la debilidad de las raíces teóricas propias, no es sólo un fenómeno del feminismo y de los estudios de género, sino de la ciencia latinoamericana en general. Como lo hemos sostenido en otro trabajo, el pensamiento científico de la Modernidad a este lado del Atlántico, y aun de buena parte de la producción contrahegemónica, ha estado notablemente influido por el paradigma positivista que, quiéraselo o no, expresa una lógica ligada al monismo cultural.

La literatura sobre género tiene la fortaleza y diversidad de haberse producido alrededor del movimiento de lucha vindicativa. Diferentes tipos de discurso como denuncias, ensayos, tesis, novelas y poesía, se han labrado al calor de la acción, lo que, al margen de cualquier razonamiento ideológico, les otorga un horizonte de visibilidad crítico y de gran valor. Han fundado, que duda cabe, un profundo proceso de renovación teórico política que ha impactado la producción intelectual y ha contribuido a formarnos a muchos trabajadores de la ciencia del género masculino.

Las áreas temáticas más exploradas han sido las de reflexión teórica acerca de categorías como género, sexualidad, violencia, e identidad, generalmente trabajos realizados desde la antropología y humanidades. También se encuentran trabajos referidos a la introducción de la categoría de género como herramienta teórico-metodológica en diversas disciplinas, para la práctica docente y la investigación. En esta última línea son frecuentes los trabajos realizados en campos tan diversos como la pedagogía, la psicología, las ciencias jurídicas y la salud. Los trabajos históricos también se han visto enriquecidos con la problemática de género. Importantes estudios sobre la situación de las mujeres en las épocas aborígen, colonial y diferentes etapas de la era republicana, han permitido no sólo establecer el cambio de los patrones de dominación de género en las distintas fases de la sociedad, sino que han puesto de relieve la invisibilidad de las contribuciones femeninas a la historia en el marco de una ciencia de base patriarcal.

Otro interesante estudio inicia un trabajo de periodización y busca explicar el tránsito del feminismo por diversas etapas, destacando tres principales: un primer momento de “ghetización” o reproducción de ghettos femeninos con “mujeres estudiando mujeres”; una segunda fase referida como de antropología de género, enmarcada en los aspectos de la cotidianidad y el marco cultural antropológico de la problemática; y finalmente, una tercera fase que se describe como de apertura de la antropología de género hacia las categorías de clase y etnia.<sup>9</sup> Hacia las páginas finales de estas reflexiones, analizaremos si de lo que se trata es de ampliar la antropología de género, o si lo que requerimos es reinsertarla en el trabajo interdisciplinario, para lo cual su nexa con disciplinas como la economía política y la sociología podría ser definitorio.

---

<sup>9</sup> Montecinos, Sonia (1999). Proposición de Paradigmas para la Comprensión del Género en América Latina en “Antología Latinoamericana y del Caribe: Mujer y Género” –Varios compiladores). Managua: UCA.

En fin, en estos breves párrafos no hemos podido sino perfilar, a grandes rasgos, algunas tendencias de la vasta producción de género, ahora corresponde situar los retos que la situación actual nos coloca.

## **REFLEXIONES HACIA EL FUTURO: EL GENERO COMO HERRAMIENTA DE EMANCIPACION**

Si bien podemos directamente aseverar que una visión contemporánea sobre la pedagogía y la educación requiere de un enfoque de género, no es menos cierto que, como lo hemos visto, son diversas las orientaciones y es indispensable situar nuestro pensamiento y sentar algunas premisas. En otras palabras, si bien no cabe duda que se avanzó ya considerablemente en la lucha por la equidad de género, y que ésta forma parte de un proyecto mayor de emancipación, del cual no puede desentenderse la Universidad, debemos afinar nuestro posicionamiento de acuerdo con las nuevas coordenadas geopolíticas del Mundo y aclarar ahora nuestra posición de intelectuales frente a nuestro pueblo y su necesidad de subvertir el poder dominante.

Y son las tesis del humanismo las que ofrecieron siempre un marco de referencia para la construcción de propuestas desde los grupos humanos oprimidos: las clases pobres, residentes y migrantes, las mujeres, los indígenas y los afro americanos. Y más aún, desde la perspectiva de lo que podríamos llamar el neohumanismo, la lucha de género es un pilar de la construcción de ese “nuevo ser humano” que ha inspirado las tesis más avanzadas de emancipación. En otras palabras, la lucha de género es mucho más que la reivindicación de derechos femeninos conculcados, o la humanización de la masculinidad, pues aunque dichas demandas son esenciales y debemos seguirlas apoyando, la perspectiva de género comprende toda la construcción del ser humano y de sus plenos atributos. El ser humano es básicamente un fabricante de sueños y utopías, un ser que nace y renace en cada búsqueda, que reinventa la realidad en cada acción; y es también un ser que se compadece, que se duele por las otras y los otros, que tiende a construir en comunidad; y ninguna de esas capacidades, puede edificarse al margen de una visión renovada de género.

El neoliberalismo con su crudeza, contribuyó a poner en evidencia, a deslegitimar –como se diría en términos sociológicos- un sistema rapaz que no deja espacios para la supervivencia, peor aun para la reproducción ampliada de los seres humanos y la realización de los sentidos más filosóficos de la equidad entre los sujetos; pero, por aquello de que “no hay mal que por bien no venga”, provocó al mismo tiempo un sacudón en las masas aletargadas del Mundo. Pero si queremos anteponer a ese modelo, uno que recupere el más hondo y humano sentido de la revolución, no sólo económica, sino política y cultural, tenemos que elaborar un pensamiento emancipador de género, insertando la agenda de reclamaciones más individuales o “antropológicas” en un proyecto general.

Porque la perspectiva de género es eso precisamente; una perspectiva utópica, una propuesta de transformación profunda, que se amalgama firmemente al conjunto de los sueños de una sociedad feliz y equitativa. Es un componente

básico de la reafirmación de una voluntad colectiva e individual, de las mujeres principalmente, pero también de los hombres y aun de las minorías sexuales, para derrotar el egoísmo que desde la colonia pasó a dominar todo: vida económica, vida política, vida étnica, y vida de género. Voluntad urgente sobretodo ahora que la implantación violenta del capitalismo neoliberal, elevó el ultraegoísmo y la competencia entre desiguales a la condición de principio rector de nuestras sociedades.

Más la lucha de género también puede ser convertida en una moda, en una herramienta funcional al poder, en un instrumento de reconstitución de la hegemonía que comienzan a perder los grandes monopolios para su proyecto de dominación global. Los programas de género pueden distraernos en “cambios de forma para que no cambie la esencia”; de hecho, innumerables documentos técnicos de las entidades que como el Banco Mundial y muchas agencias de cooperación -nacionales e internacionales-, han fomentado el modelo neoliberal en el mundo, incluyen tesis de género: vestidas de una terminología de equidad, pero que encubren la estrategia de igualar hacia abajo, y focalizar programas de mitigación, no de transformación, con lo cual se busca gobernar la miseria, en el marco de políticas de democracia restringida.

Y es que los procesos de género contribuyen a definir la vida colectiva y personal de las mujeres y los hombres. No hay aspecto alguno de la vida cotidiana, ni del desenvolvimiento de los grupos, ni de la sociedad en su conjunto, que no esté marcado por relaciones e ideas de género. La equidad social; la cosmovisión e identidad cultural; las formas de praxis y organización; y hasta los vínculos con la naturaleza, se realizan y estructuran también bajo condiciones de género, históricamente entrelazadas con condiciones de clase y etnoculturales. Por eso la categoría *género* es una de esas mega-categorías que abarcan varios campos disciplinares: la filosofía y la definición del proyecto humano; la epistemología y el análisis de las ideas; la metodología y los modos del conocimiento; y ahora con creciente fuerza, el replanteo de los marcos interpretativos de las ciencias sociales, políticas y naturales.

En términos históricos, la creatividad y la solidaridad que anhelamos implementar son apenas potencialidades, que no siempre pudieron expresarse y concretarse. Se desarrollaron sin barreras estructurales por varios siglos, mientras las sociedades se organizaban comunitariamente y se guiaban hacia la satisfacción de necesidades colectivamente definidas, y hacia un reparto equitativo de los bienes colectivos. En esas épocas, el sujeto social operaba en función de los valores de uso y el quehacer colectivo se orientaba a la producción de bienes que satisfacían necesidades establecidas por conveniencia colectiva; ni la división sexual del trabajo, ni las diferencias de género, ni los contrastes étnicos provocaron entonces desigualdades importantes, pues la sociedad operaba para el bien común, no era pensable el enriquecimiento privado, y por tanto no existían condiciones para la concentración de poder y las desigualdades extremas. Al quebrarse ese sujeto comunitario y surgir los sujetos privados guiados por el afán de atesoramiento mercantil, fue roto el derecho a la equidad –que conste que aquí no hablamos de igualdad-. La necesidad fue desplazada y se colocó en primer plano el interés de producir para ganar, con lo cual, se inició la era de la concentración

de poder y la aparición de la inequidad. Hasta entonces, solamente existieron una diversidad y desigualdades no significativas.

Ese giro de la sociedad comunitaria a la de mercaderes privados, produjo la *primera gran derrota de los derechos humanos y de la necesidad* como eje de la construcción social. Desde entonces el interés se centró en la producción para el lucro, que pasó a ser el eje de la organización de todas las actividades. Luego, una *segunda gran derrota histórica de los derechos humanos y de la necesidad* como principio de definición social se daría con la aparición del capitalismo de la Libre Competencia (Siglo XVII) y poco más tarde la Gran Industria (alrededor del Siglo XVIII), afincada en el descubrimiento de que el uso de la fuerza de trabajo hacía posible la valoración del valor, la extracción de ganancia del trabajo ajeno y la acumulación de ese plusvalor. En ese momento las mujeres y hombres pobres del mundo perdieron el derecho a la propiedad de los bienes fundamentales de la sociedad -industriales y financieros-, pero el sujeto colectivo, en ese momento el sujeto obrero colectivo mantuvo vigencia, y logró sostener los derechos laborales y sociales básicos que se consolidaron en el pacto social de la segunda posguerra. La mujer proletaria y de clase media, tuvo que luchar desde entonces para que sus reivindicaciones de género no se vean disueltas en las reclamaciones generales de clase, pero aprovechó el clima vindicativo y la mentalidad socialista de entonces para impulsar sus propios reclamos; así se consolidó y diversificó el movimiento feminista que abrió para el Mundo la lucha de género, como una nueva y fundamental línea de emancipación. Ya en décadas más recientes, el proceso de extrema concentración de riqueza determinó la acumulación de una sobrepoblación relativa, que rompió todas las proporciones conocidas hasta entonces. Ya no era un simple ejército industrial de reserva, sino una masa totalmente excluida del circuito primario de la economía monopólica. Una masa marginal, expulsada en lo laboral hacia la informalidad; en lo territorial desplazada hacia los barrios de miseria y espacios más deteriorados de campos y ciudades; y en lo cultural constreñida a una cultura marginal y de resistencia, donde no hubo oxígeno para la construcción de un pensamiento emancipador. Así para mediados de los años 80s, ya entrado el capitalismo tardío o posindustrial, es que ocurrió la tercera derrota de los derechos humanos y de la posibilidad de las clases subalternas para concretar el siempre postergado proyecto emancipador de Modernidad.

Y en todo este proceso a pesar de sus avances y conquistas puntuales, las mujeres sacaron la peor parte y creció la inequidad de género. Es así porque, si en verdad las estrategias de flexibilización productiva, la desregulación legal y el desmantelamiento o coartación de las organizaciones colectivas, provocaron un retroceso generalizado de los derechos sociales y económicos, que afectó a todos los pobres y empobreció a las clases medias, el golpe ha sido más duro para las mujeres, expresándose en un crecimiento vertiginoso de la desigualdad entre hombres y mujeres y un acelerado proceso de feminización de la pobreza.

Pero el impacto económico no es el más grave, pues la globalización no sólo ha implicado el despojo de nuestra riqueza material y recursos estratégicos, sino una contrarreforma jurídica e ideológica, que busca neutralizarnos

espiritualmente, no sólo disolviendo los espacios y territorios nacionales para la reproducción de las culturas propias, sino dominándonos mediante la implantación de una cultura del egoísmo, con lo cual se busca acabar con la identidad de los pueblos, y borrar mediante el individualismo todo vestigio de organización colectiva y solidaridad.

Pues bien, si hemos dado toda esta vuelta para analizar el proceso histórico de despojo y pérdida de derechos, y si hemos abundado en argumentos sobre la estructura opresiva de poder que enfrentamos, es sólo para sentar las premisas que deben tomarse en cuenta para pensar en los retos actuales.

Lo dicho nos lleva a tomar conciencia, primero, de que la lucha por la reproducción de una nueva cultura de género y por la construcción de relaciones inter-género alternativas tendrá que abrirse paso en un escenario totalmente adverso, y segundo, de que no podrá ser eficaz ningún proceso de género, que se pretenda desconectar de un proyecto global de emancipación y desde un paradigma de género cerrado y funcionalista. Si el sistema nos oprime con un individualismo radical y si busca gobernarnos mediante medidas funcionales y cambios apenas formales, si pugna por destruir nuestros sistemas de organización, tenemos que anteponerle una cultura de género colectivista, una alianza de los de abajo vivificada por las luchas particulares de las mujeres, en la que pueda converger toda la riqueza de nuestra diversidad, pero que mantenga con vida el principio de unidad política entre diversos. No podemos caer en la trampa de suplantar en la investigación y la construcción de acciones, las tesis integrales del poder femenino, tan necesario en nuestras organizaciones de clase, en los cabildos indígenas, en los barrios populares y en los bohíos de afroamérica, por estudios restringidos a un estrecho marco psicoculturalista y reivindicaciones femeninas individualizadas, que si bien son importantes no pueden construirse al margen de la lucha integral por la equidad. Soñar con que la mujer de la clase media y de las clases populares se empodere sólo personalmente, pensar que pueda salir sola de los muros de la dominación patriarcal, de los cercos que la ahogan en los modos y estilos de vida que son típicos en las clases y grupos étnicos dominados, sin destruir la estructura de inequidad que los reproduce, es tan ilusorio o malintencionado, como aquella quimera del latinoamericano De Soto, que recomienda a la gigantesca y paupérrima masa de subproletarios de América Latina, que se liberen de la pobreza por autogestión y que adquieran la autoconfianza que se necesita para asumirse como empresarios, construyendo su reivindicación histórica montando microempresas. Esta caricatura de propuesta suena en el fondo como una reedición tercermundista del espíritu protestante conservador, que tan funcional fue siempre al sistema capitalista. Que más quisieran las fuerzas neoconservadoras que el movimiento de género se disuelva en una pléyade de microacciones de reivindicación menor y se reduzca a las reacciones personales de mujeres contra la violencia íntima que enfrentan. Entonces, no se trata aquí de cuestionar satanizar las medidas de apoyo, nada más alejado de nuestra intención, puesto que sería tan ridículo como condenar las acciones curativas personales que ofrecen los servicios de salud, por el hecho de que una transformación integral de la salud nunca va a resultar del simple perfeccionamiento de esas acciones individuales. Lo que sucede es que, a pesar de que éstas últimas son irremplazables para resolver problemas



urgentes de personas, no sirven como medida de transformación de la salud colectiva.

La universidad es un campo para el pensamiento portador de frutos y los frutos más fecundos que una sociedad es capaz de generar, más aun en períodos de sometimiento y explotación, son las propuestas científicamente sustentables para la emancipación. En el campo de la ciencia el pensamiento “portador de frutos” es apenas producido por lo que “puede ser” a base de lo que “fue”, y no por lo que “es”, decía mi entrañable amigo Milton Santos en su conferencia de apertura de un congreso en el que tuve la suerte de compartir una mesa de disertación. Esa aguda reflexión lo que hace es rescatar el valor de la memoria de los pueblos, y el de las utopías, es decir, niega radicalmente la idea tan difundida por la llamada gerencia social -que tanto ha penetrado los espacios ingenuos o domesticados de la Universidad- y que sólo se concentran en el presente pragmático y dentro del marco de la estructura de poder y hegemonía imperantes.. Y claro una perspectiva de género que se construya sobre una visión pragmática y restrictiva del presente, está condena a servir la dominación y reproducir la misma estructura de poder, aunque se usen de vez en cuando algunos términos aprendidos de la lucha popular.

De ahí que, cualquier propuesta científica, por especializada que fuera, tiene que concebirse en el marco de una meta humanista, si es que obedece a una toma de identidad, y a una utopía de recreación del ser humano. Una buena Universidad necesita que sus estudiantes tengan práctica e información, pero de nada sirven las destrezas y los datos si el quehacer se reduce a una rutina instrumental, desprovista de motivos de inspiración superiores, de entre los cuales nunca dejó de tener mayor vigencia el de la liberación integral.

La *concepción emancipadora de la ciencia* implica una visión distinta a la que domina en los escenarios de la educación superior tradicional. Quienes nos acercamos al reto de reformar profundamente la universidad empezamos a entender que el conocimiento duro (“hard knowledge”), que desencadena intervenciones realmente eficaces, no es el que se forma por arreglo de viejas ideas y fórmulas funcionalistas, vestidas con cualquier terminología y una tecnología reciente. Conocimiento duro, riguroso, es el que penetra hondo en la vida colectiva y para hacerlo, construye múltiples puentes con el saber de su pueblo. Y es que ahora se han dado las condiciones óptimas para que avance eso que Boaventura Santos llamó la “segunda ruptura epistemológica” o reencuentro de la ciencia con el sentido común y los otros saberes.<sup>10</sup>

Pero para lograr ese reencuentro, que haga posible por ejemplo, que la introducción de la perspectiva de género en la formación científica universitaria, rinda frutos emancipadores, es indispensable reconstruir el sujeto y objetos de la investigación, y eso sólo es posible bajo un cambio de paradigma. Pretender que el trabajo de género se proyecte hacia una transformación integral, montándolo sobre la vieja y herrumbrosa estructura de pensamiento y

---

<sup>10</sup> Santos, Boaventura (1995). *Intrusão a uma Ciência Posmoderna*. Porto: Edicoes Afrontamento.

enseñanza, es una ilusión inútil o un abono gracioso al aparato educativo hegemónico.

En la actualidad muy pocos investigadores de las ciencias sociales o intelectuales, e incluso líderes, desconocen ese fenómeno que alguna vez denominé la “triple inequidad” [Breilh 1996], pero así y todo persiste un tratamiento separado de las tres formas de subordinación. Es como si hubieran obstáculos epistemológicos y políticos que nos impiden articularlas, en la teoría y en la práctica. Podríamos decir que en el excesivo énfasis antropológico, microsocioal, o mejor, en la desconexión de los trabajos de antropología de género con las disciplinas que abordan el análisis macrosocioal, como la economía política, la sociología, la teoría del Estado, etc., se interpone una especie de resistencia a lo colectivo en el género; es como si diéramos la razón a los posestructuralistas franceses que nos trataron de convencer que, junto con el fin de la historia habíamos llegado al fin de los metarelatos críticos; confundiendo la aceptable crítica a los discursos que se pretenden imponer sobre todos los otros discursos.

De esa manera la construcción intelectual y la acción reivindicativa siguen separando dichos procesos, al margen de que se proclame retóricamente lo contrario.

Mas esas tres formas de inequidad –de clase, étnica y de género- como lo hemos explicado en otros trabajos no son procesos totalmente desligados. Es así, primeramente, porque los tres procesos comparten una misma raíz germinal que es la *acumulación y concentración de poder*, y segundo porque la reproducción socioal de los tres tipos de inequidad se interrelaciona. De la misma forma en que la inequidad de género produce efectos de injusticia para las propias mujeres, simultáneamente alimenta relaciones subordinantes que contribuyen a reproducir las otras dos formas de concentración del poder e introduce en las más variadas formas de la cotidianidad, un campo de adaptación y aceptación de la inequidad como modo de vivir natural; así mismo, la concentración de riqueza que determina y mantiene las clases sociales, es en última instancia una concentración de poder para dominar, y el dominar no es sólo cuestión de despojar a los/as subordinado/as de los bienes y riqueza, sino que para sustentarse requiere siempre ser un proceso de hegemonía y aceptación del dominio, mecanismo en el que participan las relaciones culturales de dominación de género y étnicas. En otras palabras la dominación no es sólo clasista, sino que forma una estructura de poder, atravesada y reproducida tanto por relaciones de apropiación y expropiación económica, cuanto como por relaciones de subordinación étnica y de género. Este abordaje nuestro coincide también con el de varias luchadoras del movimiento feminista. La afronorteamericana Patricia Hill Collins denomina “matriz de dominación” a esta estructura de poder y triple inequidad. Pero ojo, debemos distinguir entre inequidad, o proceso que posibilita la concentración de poder, y desigualdad, que es una manifestación empírica de la inequidad, una resultante apenas. Lamentablemente muchos estudios de género son estudios sobre la desigualdad resultante, pero desconectados del análisis de la inequidad que la genera.

Pero hay una segunda resistencia en el movimiento de género que es la resistencia a lo masculino, no porque no se reconozca por parte de las mujeres que hay de por medio un serio problema en la construcción de la masculinidad, sino porque se evade la discusión de la construcción intergenérica, separando una temática distinta, en espacios y con actores distintos para la problemática de género. Y claro, debemos reconocer que a veces los rígidos partidos de la izquierda tradicional abonan a ese divorcio por su incapacidad para incorporar en toda su profundidad y con todas sus interpelaciones una cultura de género renovada.

La salida para superar el monismo, sea en la vertiente del monoculturalismo, como en la del monismo patriarcal, es el trabajo y la reflexión sobre formas de construcción *intersubjetivas*, que deriven en resultados multiculturales y una visión pluralista emancipadora. Todo lo cual introduce la necesidad de provocar avances en el pensamiento dialéctico y trabajar sobre nuevas categorías del mismo.

Cuando los sujetos históricos dejan de colocarse a espaldas y se “miran” con un afán compartido nace un proceso de *intersubjetividad* el cual puede ocurrir en el escenario académico (interdisciplinaridad) o en el de la cultura (interculturalidad).

La Universidad es un escenario magnífico para construir una interculturalidad revolucionaria.

He procurado recoger algo de la riqueza de la lucha de las mujeres, y he tratado de hacerlo con profundo respeto a la trayectoria de lucha con que han contribuido a humanizar este Mundo ávido de libertad. También he planteado algunas reflexiones críticas pero siempre con la mira puesta en la gran utopía de un mundo donde las relaciones de género, colectivas e interpersonales, florezcan en muchos espacios de auténtica felicidad. Muchas gracias